

Discurso de apertura del XXXIII Congreso Latinoamericano de Psiquiatría

6, 7 y 8 de noviembre de 2024. Buenos Aires, Argentina

Autor

Santiago Levín

Médico psiquiatra. Doctor en Medicina (UBA).
Presidente de APAL (2024-2026).
<http://orcid.org/009-008-6110-2621>

Nota: Este texto corresponde a un discurso para ser leído en voz alta (no un escrito para la publicación en papel). Advertirá el lector y disculparé, espero, esta sutil discordancia.

Del 7 al 9 de noviembre de 2024 la Asociación de Psiquiatras de América latina (APAL) realizó en Buenos Aires su XXXIII Congreso Latinoamericano de Psiquiatría que tuvo como lema convocante «Salud mental y equidad social: un congreso con perspectiva de derechos».

La APAL es una asociación civil internacional de carácter científico, integrada por las Sociedades Psiquiátricas Nacionales de los distintos países de América Latina y el Caribe, entre las cuales está la Sociedad de Psiquiatría del Uruguay.

El congreso se desarrolló en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires y contó con 1600 participantes, entre los cuales, varios colegas de nuestro país.

En el acto inaugural, el presidente del Congreso, Dr. Santiago Levín, actual presidente de la APAL, pronunció un discurso que consideramos valioso para ser compartido en esta publicación, con la autorización de su autor, quien plantea la salvedad de que fue pensado para una exposición oral.

Buenas tardes.

Es un honor dar a todas y a todos la bienvenida al XXXIII Congreso Latinoamericano de Psiquiatría de la Asociación de Psiquiatras de América Latina (APAL).

Por primera vez en sus 64 años de existencia el congreso de la APAL se realiza en una universidad pública. Y dado el contexto nacional en el que este congreso tiene lugar, no puedo menos que manifestar mi total y absoluto apoyo a la universidad pública (en todos los rincones del país y de la región, tanto a las universidades existentes como a las venideras, porque vendrán nuevas), a la Educación Pública en general y muy especialmente, en el terreno nuestro, a la Salud Pública, que, como solemos repetir, no es otra cosa que el brazo sanitario de la equidad social.

El título (o lema) que lleva este congreso es, precisamente, «Salud Mental y equidad social». Y su subtítulo: «Un congreso con perspectiva de derechos», haciendo un juego de palabras entre la indispensable concepción de una práctica de la psiquiatría desde la perspectiva de los DD. HH. y nuestra presencia, aquí y

ahora, en esta alta casa de estudios, precisamente la Facultad de Derecho de una de las universidades más grandes y emblemáticas de nuestro continente.

Gracias nuevamente a las autoridades de esta casa por recibirnos y otorgarnos el honor de celebrar aquí nuestro congreso bianual.

La Asociación de Psiquiatras de América Latina reúne a las sociedades de psiquiatría de la gran región de Latinoamérica y el Caribe y representa ante el mundo a no menos de 30.000 psiquiatras que vivimos, nos formamos y trabajamos en esta tierra maravillosa, rica y diversa que es al mismo tiempo una de las más desiguales e inequitativas del planeta. Y es por este motivo que quisimos, en esta oportunidad, organizar un congreso que lleve desde su mismo título esta preocupación hacia adentro y hacia afuera de nuestra Asociación continental. Hacia adentro, como un mensaje a futuro que se constituya en uno de nuestros ejes centrales de comunicación, de investigación y de propuesta; hacia afuera, hacia el mundo entero, para sumar nuestras voces como profesionales de la salud a la de aquellos que ya desde hace tiempo vienen

denunciando que una vida sana y provechosa, en estas condiciones sociales, económicas y ambientales que agobian a nuestro planeta, es cada día más difícil de concebir.

La psiquiatría nace a fines del siglo XVIII en Europa, hace casi 240 años. Dos siglos y medio en los que prácticamente todo ha mutado, para bien y para mal, en la historia humana. Cualquier congreso de psiquiatría y Salud Mental mínimamente serio debe proponerse analizar estos cambios e intentar vincularlos en el sentido más práctico posible con el estado del arte en nuestras profesiones, es decir, con nuestras prácticas y con los modelos teóricos y éticos que las guían. Ciencia —básica y traslacional—; filosofía; política en general y políticas sanitarias en particular; psicoterapias; el rol de la mujer en la sociedad y en las profesiones de la salud; nuevos horizontes en el diagnóstico y los tratamientos; DD. HH.; perspectivas de género; nuevas modalidades de los vínculos entre las personas; los trastornos mentales propiamente dichos, pero también los padecimientos mentales derivados de los modos actuales de sufrimiento en un mundo expulsivo e injusto; las crisis sistémicas (ambiental, demográfica, alimentaria, sanitaria, identitaria) son algunas de las grandes áreas temáticas que ya se están desarrollando en este congreso.

Así como siempre afirmamos que no hay Salud Mental sin psiquiatría, ni Salud Mental sin Salud Pública, también decimos hoy que no hay modo de concebir *lo mental* sin preguntarnos por los horizontes de bienestar que quedan determinados por la subjetividad de la época que nos toca: esta época histórica. Mientras intentamos seguir comprendiendo la neurobiología humana, debemos continuar al mismo tiempo trabajando en la caracterización y análisis de las subjetividades contemporáneas. Porque es en este complejo entramado de crisis superpuestas que mencionamos hace un instante en el que nos toca asistir a quienes nos consultan. Y porque el ser-en-el-mundo de nuestros colegas de fines del siglo XVIII ha quedado muy alejado de nuestra experiencia actual.

De enorme trascendencia es, también, prestar atención a las metas de felicidad que la sociedad contemporánea nos propone como deseables. En épocas de discursos de odio y de violencias múltiples, de calentamiento global y de crisis en la representación política, de anomia social con ausencia de utopía y de esperanza, en momentos en los que nos encaminamos al 2050 (año en que la OMS estima que la depresión pasará a ser la principal causa de morbilidad planetaria), en épocas de individualismo, de soledad y de máximo aislamiento a pesar de la hiperconexión digital, es urgente replantear este horizonte. Y preguntarnos, siguiendo a Rita Segato, si acaso no deberíamos explorar —individual y colectivamente— metas de felicidad diferentes a las hegemónicas.

Como ejemplo solo menciono que no hay forma de luchar contra el estigma que pesa sobre las personas que portan algún trastorno mental sin discutir en profundidad cuáles son las metas de felicidad que nos traccionan hacia adelante, las conozcamos o no las conozcamos. El amor por las diferencias, por la alteridad, requiere de un replanteo mucho más profundo que la sola enunciación de rechazo a las etiquetas, y nos obliga a los profesionales de la Salud Mental a pensar y a actuar en términos políticos.

Es obligación mencionar aquí, en este acto de apertura, la enorme crisis regional y mundial en materia de Salud Mental. Se trata de una crisis profunda y multideterminada, que no se explica únicamente por la escasez de financiación o de políticas sanitarias bien dirigidas y planificadas, aunque la deuda es enorme en esos ámbitos. Es una crisis que abarca las mismas condiciones de vida de las poblaciones, el desempleo y los nuevos modos de explotación laboral, la pobreza y la marginación, las violencias de todo tipo, el cambio climático, las migraciones forzadas, las guerras y su efecto devastador sobre las poblaciones civiles, el descontrol demográfico, la falta de agua potable y de alimentos, el consumo desquiciado de selectos grupos del mundo rico junto a la hambruna creciente del

mundo pobre, los nuevos modos de comunicación digital, y un largo etcétera.

La crisis global ha llegado a un punto en el cual podemos afirmar que la convivencia pacífica y equitativa en todo el planeta se encuentra severamente puesta en cuestión, y esto incluye su mismísimo —nuestro mismísimo— futuro.

En este punto siento la urgencia de mencionar que en el terreno de la Salud Mental es particularmente preocupante la situación de las niñeces y las adolescencias. Y ello no solo por la falta de horizonte y de políticas públicas que las tengan en cuenta, sino también por

la falta cada vez más crítica de profesionales especializados en este importantísimo, esencial grupo etario. Como presidente entrante de la APAL me comprometo a dirigir nuestros mayores esfuerzos para fomentar la conciencia social en torno a las niñeces y las adolescencias y sus particulares modos de sufrimiento contemporáneo, así como a la formación de nuevos profesionales, en todas las disciplinas de nuestro campo, especializados en niños y en adolescentes.

La construcción de un mundo mejor es una tarea indispensable, impostergable e insoslayable. Y nos compete a todos los profesionales